

MALAMANDRA



www.loqueleo.com/es

Título original: MALAMANDER

© Del texto y de las ilustraciones de interior: 2019, Thomas Taylor
Publicado de acuerdo con Walker Books Limited, London SE11 5HJ.

© De la ilustración de cubierta: 2019, Tom Booth

Reproducido con permiso del Walker Books Ltd., London SE11 5HJ
www.walker.com.uk

© De la traducción: 2019, Gerardo Piña

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-354-2

Depósito legal: M-14.365-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Correctora:

Cristina Durán González

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MALAMANDRA



THOMAS
TAYLOR

loqueleo



Para Celia — T. T.





Tierra adentro

Dispensario de Libros de Puerto Mysterioso

Squally Squit

Plaza del Delfin

Bar "El caracol marino y la morsa"

Callejón Fratalk

Callejón Gazbalteen

Calle de San Luig

El recodo Toub

Iglesia de San Luig

Plaza de la señora Fossil

Glovetta Fergan

Floussaporium

Almaza Dieppe

Hastings Haar

La cámara-litua de Lady Kralken

Cromer Crawl

HOTEL GRAN NAUTILUS

Paseo del malecón

Consultorio del Dr. Thalassi

Museo de Puerto Mysterioso

Castillo

Cabañas de los pescadores

Banco de piedras

PLAYA MISTERIOSA



The illustration is a hand-drawn map of a harbor. At the top left, a dashed line indicates 'El muro del puerto'. In the center, a large structure is labeled 'EMBARCADERO'. To its left is 'Bar Seegol' and to its right is 'Teatro al fondo del embarcadero'. At the bottom right, a ship is labeled 'Los restos del LEVIATÁN'. The top of the map is labeled 'NIEBLA DEL MAR'. At the bottom left, a rocky area is labeled 'FAUCES DE ROCA'. There are also small drawings of shells and a small boat at the top.

PUERTO MISTERIOSO

NIEBLA DEL MAR

Bar Seegol

Teatro al fondo
del embarcadero

EMBARCADERO

Los restos del
LEVIATÁN

FAUCES DE ROCA



PUERTO MISTERIOSO

TAL VEZ HAS VENIDO A PUERTO MISTERIOSO sin saberlo siquiera.

Debió de ser en verano cuando lo visitaste. Había helados y sillas de playa y una gaviota que picoteaba tus patatas. Probablemente te pusiste a merodear entre los charcos que forman las rocas acompañado de tu madre mientras tu padre buscaba una concha marina especial. ¿Te acuerdas? Y te apuesto a que al subirte al coche, cuando ibas de vuelta a casa, levantaste la mirada y leíste, sobre el embarcadero, las palabras *Puerto Misterioso* escritas con letras luminosas, y te dispusiste a olvidar todo lo que hiciste ese día junto al mar.

Es este tipo de lugar.

En verano.

Pero deberías tratar de venir cuando llegan las primeras tormentas de invierno y entonces las letras que forman la palabra *Misterioso* se transforman con las nevadas, como ocurre cada noviembre. Cuando la niebla marina se dispersa por las calles como tentáculos enormes y una brisa de agua de mar golpea en las ventanas del Hotel Gran Nautilus. Muy poca gente visita el hotel en invierno. Hasta los que viven en la zona se alejan de la playa cuando oscurece y el viento aúlla entre las Fauces de Roca y los restos del acorazado Leviatán, donde aún hoy algunos juran haber visto arrastrarse a la pegajosa malamandra.

Pero seguramente tú no crees en la malamandra. Piensas que un ser mitad humano y mitad pez no puede ser real. Muy bien. Quédate con tu helado y tus sillas de playa. Este relato no es para ti. Es más, hazte un favor y deja de leer en este momento: cierra el libro y guárdalo en una vieja lata, rodéala con una cadena pesada y arrójala por el muelle. Olvida que alguna vez oíste hablar de Puerto Misterioso. Regresa a tu vida normal: crece, cástate y forma una familia. Y cuando tus hijos sepan caminar, llévatelos a dar una vuelta por la playa. En verano, desde luego. Dad un paseo y busca una concha marina

para ti. Agáchate a recogerla, pero entonces notarás que está pegada a algo...

Está pegada a una lata vieja.

Le han arrancado el candado y ya no tiene cadena. ¿Puede hacer eso el mar? Destapas la lata y encuentras...

... que está vacía.

Nada salvo lapas y algas marinas y algo más. Algo como... *¿limo?*

Escuchas un sonido detrás de ti; un sonido como de pisadas que se acercan. Pisadas resbaladizas y pegajosas *que se acercan.*

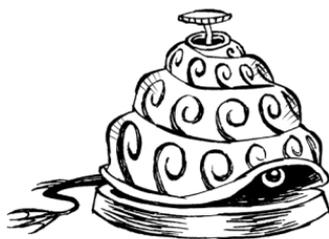
Te das la vuelta.

¿Qué ves?

¿De verdad?

Bueno, después de todo, quizás este relato sí sea para ti.





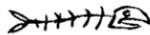
EL HOTEL GRAN NAUTILUS

POR CIERTO, ME LLAMO HERBERT LEMON, pero casi todos me llaman Herbie. Soy el encargado de la oficina de Objetos Perdidos en el Hotel Gran Nautilus, como se puede leer en mi gorra. Alguien me dijo una vez que la mayoría de los hoteles no tienen a un encargado de los objetos perdidos, pero eso no puede ser. ¿Qué hacen con todas las cosas perdidas? ¿Y cómo las recuperan las personas que las han perdido?

Supongo que soy algo joven para un trabajo tan importante, pero la propia Lady Kraken –la dueña del hotel– me dio este puesto. Ni siquiera el señor Molusco, el gerente del hotel, pudo evitarlo. Le gustaría, sin duda, porque odia todo aquello que no esté relacionado

con hacer dinero. Si él se hubiese salido con la suya, la oficina de Objetos Perdidos ya habría cerrado desde el momento en que a él lo ascendieron a gerente, y mi pequeño espacio en el vestíbulo de la recepción ya estaría tapiado. Y, si eso hubiera ocurrido, nunca habría conocido a la niña.

La niña que llegó casi arrastrándose hasta mi ventana.
La niña que me dijo: «¡Escóndeme!».



—¡Escóndeme!

La miro de arriba abajo; bueno, sobre todo, miro arriba porque se queda atascada con el seguro de la ventana y es que las ventanas del sótano están muy cerca del techo. Si es una ladrona, no es muy buena que digamos.

—¡Por favor!

La ayudo a zafarse, aunque eso implica que por poco me aplaste en el momento en que cae hacia dentro. Está nevando, así que también entra un montón de invierno por la ventana.

Nos ponemos de pie y quedo frente a ella: viste un suéter muy desgastado y un sombrero de borla hecho de lana por el que se asoma una masa de cabello rizado. Parece que está a punto de hablar, pero se calla en

el momento en que escucha unas voces, cada vez más fuertes, en la parte de arriba; unas voces que se acercan cada vez más. La niña abre los ojos con mucho temor.

—¡Métete aquí! —le digo en un susurro, y la acerco a un baúl enorme que ha estado en la oficina de Objetos Perdidos desde hace décadas, sin nadie que lo reclame. Antes de que pueda decirme algo, la meto en el baúl y cierro la tapa.

Las voces ya se escuchan al lado: la voz aduladora y chillona del señor Molusco cada vez que debe tratar con alguien difícil. Cojo algunas maletas, paraguas y cosas, y las echo encima del baúl con la esperanza de que parezca que llevan años ahí. Y entonces el timbre del mostrador, el que la gente toca cuando quiere mi atención, comienza a sonar ting-ting-ting como loco. Me endezco la gorra, subo corriendo las escaleras y pongo mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle?, como si no hubiera pasado nada extraño.

La primera persona que veo es el señor Molusco, quien intenta colocarse el cabello sobre la calva.

—Estoy seguro de que es un malentendido —dice resoplando—. Si me permite investigar...

La persona con quien está hablando no se parece a nadie que yo haya visto jamás; es un hombre que trae un largo abrigo de marinero de color negro, empapado.

Sobresale del escritorio como un monolito con joroba; su cara parece un peñasco sombrío y sus ojos se ocultan debajo de la visera de una gorra de capitán casi deshecha. Golpea el timbre con un dedo tan firme como si lo estuviera apuñalando con un cuchillo. Se detiene cuando llego y se inclina aún más, cubriéndome con su sombra.

—¿Dónde? —dice con una voz que suena como cuando chocas dos piedras de granito mojadas—. La niña. ¿Dónde?

—Ejem —carraspeo mientras preparo mi voz más fina, la que el señor Molusco espera que utilice con los huéspedes—. ¿A quién se refiere, señor?

La boca del hombre, que tiene forma de una V invertida y ancha en esa barba amarillenta y empapada, se abre con un silbido. Veo que tiene algas marinas en la barba y también en los botones opacos de latón. Huele como cuando algo malo va a suceder.

—¿DÓNDE?

Trago saliva. Bueno, no puedo ayudarlo, ¿o sí? Tan solo soy el encargado de Objetos Perdidos. No estoy preparado para esto.

—Mi estimado señor —se escucha la voz del señor Molusco—, estoy seguro de que podemos arreglar este asunto. ¿Qué ha perdido exactamente?

El hombre se incorpora y se acerca, imponente, al señor Molusco. Saca la mano derecha del abrigo, que hasta ese momento había permanecido escondida. El señor Molusco se echa para atrás en cuanto ve que donde debería estar la mano de aquel hombre hay un gran garfio de hierro con la punta afilada y brillante.

—La niña —dice el hombre.

Algo que le reconozco al viejo Molusco es que sabe elegir sus batallas. En este caso, como no hay forma de que pueda derrotar a este intruso descomunal, decide unirse a su causa. Se vuelve hacia mí.

—¡Herbert Lemon! ¿Tienes a una niña escondida ahí? Ahora las siluetas de *ambos* se alzan sobre mí.

Niego con la cabeza. Mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle? se disuelve, así que en su lugar pongo cara de inocencia.

—No —digo, y me sale la voz chillona; lo cual me sorprende—. No hay ninguna niña escondida aquí. Ninguna.

Y justo en ese momento se escucha un golpe sordo en el sótano, detrás de mí. Suena exactamente como si alguien escondido dentro de un baúl se hubiera movido para acomodarse.

Diablos.

El marinero barbudo abre la boca en señal de triunfo y sus ojos brillan bajo su gorra. Abre de un tirón la puerta y me empuja contra la pared mientras se abre paso. Baja las escaleras, por las que apenas cabe, y encorva la espalda a medida que el techo se hace cada vez más bajo.

Me apresuro a ir detrás de él. No lo hago por valentía, por cierto, sino porque simplemente no sé qué hacer.

El marinero está de pie en el centro de la habitación, ocupando todo el espacio. Observa el charco de nieve derretida debajo de la ventana del sótano. Veo que sigue con la mirada las huellas que se dirigen justo hacia el baúl. Las maletas y los paraguas que le había puesto encima se han caído. Muy bien podría haber ahí un letrero que dijera: «¡HEY! ¡LA NIÑA ESTÁ AQUÍ DENTRO!».

El señor Molusco baja rápido las escaleras para unirse a la comitiva y al llegar se pone rojo del enfado.

—¡Herbert Lemon! ¡Debería...!

Pero no llego a escuchar qué debería hacer, porque a continuación el marinero-que-tiene-un-garfio-en-lugar-de-mano levanta el brazo y lo baja dirigiendo su garfio hacia la tapa del baúl haciendo un ruido tremendo. La golpea una y otra vez. La tapa se rompe y se hunde con cada golpe y sale volando una lluvia de astillas

de madera. El baúl comienza a desintegrarse. El hombre se vale de su mano buena para quitar lo que queda y mostrar que dentro...

... ¡no hay nada!

Bueno, no exactamente. Hay una araña muy sorprendida entre los restos. Y un sombrero de lana con una borla. Veo como la araña sale disparada y me gustaría poder hacer lo mismo. Ahora lo único que queda a la vista es el sombrero. Sin ninguna duda se trata del sombrero que traía puesto la niña. Pero de ella no hay ni rastro.

Con un movimiento lento y calculado, el Hombre del garfio ensarta el sombrero y se vuelve hacia mí mostrándomelo; su cara es como un nubarrón. De algún modo encuentro la valentía para que mi voz no salga chillona mientras estiro la mano y con mucho cuidado cojo el sombrero.

—Es solo un objeto extraviado —digo—. Me lo entregaron, ejem, esta mañana. Aún n-no he tenido oportunidad de etiquetarlo. Eso es todo.

Por un momento permanecemos en silencio. Entonces el Hombre del garfio ruga, un bramido de furia sin palabras. Comienza a revolver mi sótano de arriba abajo, barre todo con sus enormes brazos de un lado a otro. Me caigo en las escaleras a la vez que las bolsas, los abrigos,

sombreros y todas-las-cosas-y-cachivaches-perdidos de todo tipo, incluyendo algunos que no habían sido movidos desde hace un siglo, salen volando mientras el hombre enloquece intentando encontrar a la niña. Pero no encuentra a nadie.

Ella ya no está.

